

La Fragua de los tiempos abril 23 del 2006 No. 685

Los yanquis en Parral y los recuerdos del ingeniero Edgar Kock (1916).

A mediados de la década de los noventas, en el contexto de una conferencia dedicada al general Francisco Villa, el pintor Eduardo Uranga me proporcionó la referencia de una serie de artículos que el ingeniero Edgar Kock había publicado en el periódico El Excelsior, entre los últimos días de abril y los primeros de mayo del año 1972. Seguro de que en uno de mis viajes a la ciudad de México dejaría espacio para consultar este periódico en la Hemerotecas Nacional, anoté los datos en mi agenda y allí se quedaron por algún tiempo.

No obstante que Eduardo desconocía el contenido de los artículos, me había informado que se trataba de un testimonio con los recuerdos del ingeniero Kock sobre Francisco Villa, motivo por el cual concluí que era importante darle seguimiento a la referencia, pero además había otra razón personal, el ingeniero y mi padre habían sido buenos amigos cuando trabajaban juntos en la mina La Prieta de Parral. En varias ocasiones yo tuve que ir a su casa de la colonia Villa Blanquita a llevarle alguna herramienta o pieza de maquinaria que mi padre le enviaba y fue así como conocí, con ojos de niño, al ingeniero Kock, a quien yo miraba en aquellos años como un hombre muy grande y muy importante. Desde entonces su imagen se quedó en mi recuerdo como la de un hombre robusto, de origen extranjero quien, junto con mi padre, hacía cosas muy importantes para la compañía minera, pero nunca imaginé que también le gustaba escribir sus recuerdos de Parral, del general Francisco y de la revolución.

El primer intento

En el año 1996 acudí a la Hemeroteca de la Biblioteca de México en la Ciudadela, solicité el tomo del periódico Excelsior correspondiente a los meses de abril y mayo del año 1972, con cierta ansiedad, como suele suceder en estos casos, desenredé el enorme paquete, empecé a revisar las fechas, hasta que encontré el voluminoso ejemplar del 25 de abril, en cuya sección editorial apareció el primer artículo del ingeniero Kock, antecedido por una breve presentación firmada por el director del Excelsior, Manuel Becerra Acosta, originario de Batopilas Chihuahua y amigo personal del ingeniero Kock.

Esto fue lo que se escribió como presentación:

“El autor de este relato que comenzamos a publicar hoy en forma condensada, tenía 14 años de edad cuando fue prisionero del general Francisco Villa juntamente con otros ferrocarrileros. En su narración describe una serie de episodios que incluyen las batallas entre villistas y carrancistas en la región de Parral, así como las escaramuzas con los soldados de la Expedición Punitiva enviada por Estados Unidos a perseguir a Villa, el fusilamiento del general Felipe Ángeles, y finalmente, con todos sus detalles, el asesinato del Centauro del Norte.

Manuel Becerra Acosta”

Maravillado por el hallazgo revisé los periódicos de los días siguientes disfrutando intensamente la lectura de cada artículo pues a cada paso encontraba cosas interesantes, algunas de las cuales ya había leído antes, pero no como parte de un testimonio. Al concluir la lectura solicité permiso para obtener copia fotostática de cada uno y me respondieron que eso no podía ser debido a que estaba prohibido sacarle copia a los periódicos porque se dañaban mucho en la manipulación, solo me dejaron la alternativa de copiar a mano línea por línea y yo no tenía tiempo para hacerlo de esa manera. Así se frustró mi primer intento.

Segundo intento

El ingeniero Edgar Kock tuvo un hijo al que bautizó con el mismo nombre, fue unos dos años mayor que yo pero nos conocimos bien en la escuela secundaria de Parral, sin embargo hacía más de cuarenta años que no lo veía y ni idea tenía de dónde encontrarlo.

Después de seguirle la pista durante varias semanas, logré comunicarme con él en Guadalajara. Rápidamente le expliqué cual era la razón de mi llamada: quería que me informara si se habían conservado en poder de la familia los escritos de su papá, especialmente los que se habían publicado en Excelsior. Me respondió que tal vez su hermana que vivía en Durango sabía algo de ello y quedamos en que le hablaba nuevamente en dos semanas. Así lo hice y la respuesta fue negativa: se buscaron los escritos en unas cajas y no aparecieron.

Tercer intento... y la victoria

Años después, durante la segunda semana del mes de junio del año 2004, portando una buena cámara digital entre mis herramientas de trabajo, acudí a la Hemeroteca Nacional a consultar varios periódicos relacionados con la biografía que estamos preparando de Nellie Campobello y aprovechando la ocasión, también solicité los ejemplares del periódico Excelsior con los artículos del ingeniero Kock. Ahora sí, sin ningún contratiempo, y con el auxilio de la cámara digital, saqué copia de cada una de las páginas de los artículos de referencia y me los traje a Chihuahua.

Es oportuno señalar que en ningún libro, en ningún trabajo de investigación regional ni nacional hemos encontrado citado este testimonio, el cual es de gran valor precisamente porque contiene información de lo que el ingeniero Kock fue testigo. Nada de lo que él afirma se lo contaron o lo leyó de algún libro, son recuerdos de lo que vivió en las calles y en los alrededores de Parral, ciudad a la que amó entrañablemente.

Es conveniente también informarle a los lectores de La Fragua, que todo el testimonio del ingeniero Kock lo vamos a incluir en el libro "Francisco Villa; el aguafuerte de la revolución" cuya segunda edición esperamos tener lista para las próximas Jornadas villistas. Por ahora solo vamos a publicar en La Fragua algunos de los datos de la parte II, o de su artículo número dos, específicamente lo que escribió sobre las "Falsedades del mayor Tompkins" respecto a un supuesto combate entre los norteamericanos de la expedición punitiva y los mexicanos de la ciudad de Parral.

Nos pareció interesante este tema porque en estos días se cumplen exactamente noventa años de que la ciudad de Parral fue invadida por los soldados de la expedición punitiva que andaban persiguiendo a Villa, pero también porque deseamos demostrar, como también lo hizo el señor Kock, la facilidad que tienen los norteamericanos para mentir cuando así conviene a sus intereses.

En este mismo artículo, el señor Kock escribió su versión sobre un hecho histórico que durante muchos años ha sido y sigue siendo fuente de exageraciones e impresiones, no de mala fe ni siquiera con plena conciencia de ello; nos referimos a lo que se dice de la participación de la señorita Elisa Griensen en la expulsión de los soldados norteamericanos de la ciudad de Parral. En su momento este tema lo trataremos con más amplitud, pero por ahora consideramos muy importante que se conozca la versión de uno de los muchachos, alumno de la escuela 99 que participó en este hecho histórico.

Las mentiras del mayor Tomkins jefe de la expedición punitiva que invadió Parral

Para desmentir al mayor Tomkins, jefe de los soldados de la expedición punitiva que invadieron Parral, el señor Kock transcribió varios párrafos de un libro que Tomkins había publicado bajo el título de *Chasing Villa*, en el cual había incluido entre otras grandes mentiras una supuesta batalla en Parral donde habían muerto dos soldados norteamericanos y cuarenta y dos mexicanos.

Esto fue lo que escribió Tomkins y el señor Kock transcribió:

“El día 9 de abril (1916), como a las 11:00 P.M. se presentó en mi campamento el capitán Antonio Meza de la guarnición de Parral. Conversamos amistosamente y me aseguró que por teléfono se comunicaría con Parral para que nos prepararan alojamiento, comida, forrajes y toda clase de provisiones.

Al día siguiente, el mismo capitán Meza desayunó conmigo, comunicándome que el teléfono no funcionaba, por lo cual tendría que mandar un propio...

El día 11 de abril acampamos en Santa Cruz de Villegas.

El día 12 llegamos a Parral a las 11:45 A.M. Ningún rastro del mensajero ni comisión oficial de recepción. Extrañado, me trasladé con mi escolta al cuartel militar cercano a la estación de los FF. CC. y pedí permiso para permanecer en la ciudad y un guía que me condujera a la presencia del comandante de la plaza, general Ismael Lozano.

Una vez con el general Lozano, me informó que Villa andaba por la región de Satevó. Me aseguró no haber recibido ningún comunicado del capitán Meza y que debería abandonar la ciudad inmediatamente. Le contesté que lo haría en cuanto me fijara un lugar donde acampar, con lo cual estuvo de acuerdo. Aproveché para mencionar la necesidad de abastecerme de provisiones y para el caso mandó llamar a un señor Scott, quien se hacía pasar por ciudadano norteamericano, pero hablaba con muy marcado acento latino el inglés, y me pareció más bien mexicano.

Una vez convenida la entrega de forrajes y provisiones, tuve que esperar el regreso del general Lozano, que se prolongó una hora...

En cuanto regresó Lozano salimos a la calle. Para entonces se había congregado una multitud de civiles al grito de “Viva Villa, Viva México”. Me llamó la atención un hombre usando barba a la Van Dyke, montado en un precioso caballo colorado, y que agitaba a la chusma al grito de “¡ahora!, ¡todos!, ¡viva México!” Vestía un traje gris y me pareció que era alemán...

Lozano y su escolta cabalgaban a la vanguardia de la columna de manera que no se daba cuenta de lo que sucedía en la plaza. Él mismo guió nuestro grupo, atravesando la vía del FC entre dos cerros por un cañón angosto. Yo cubría la retaguardia con el teniente Lininger y el capitán Turner.

Habiendo notificado a Lozano que su gente empezaba a disparar contra nosotros, se fue rápidamente con su escolta a ordenar cesar el fuego. Antes de partir, le exigí una explicación por lo acontecido y negó toda responsabilidad. Pude haberlo matado en aquel instante, convencido como estaba de que nos había metido en una trampa; pero lo dejé ir porque ni siquiera hizo intento de sacar su pistola.

Las tropas de Lozano ocuparon un cerro hacia el sur, como a quinientos metros de nosotros. De pronto apareció una bandera mexicana en la cumbre. Un mensajero de Lozano llegó a entregarme la orden de evacuar inmediatamente mis posiciones... Accedí, con la condición de que se me entregaran los forrajes y provisiones previamente contratados.

Posteriormente me di cuenta de que dicho enviado sólo había venido a cerciorarse de nuestras posiciones, pues en lugar de regresar a la ciudad se dirigió al cerro ocupado por los soldados

mexicanos, que abrieron el fuego contra nosotros, y que avanzaban con intención de atacar mi flanco izquierdo.

Todavía con miras de obedecer las órdenes y evitar un conflicto con el gobierno de México, salí de mi trinchera y les grité que nos dejaran en paz. Como contestación recibí una descarga de fusilería, una de cuyas balas me tocó el hombro izquierdo y otra atravesó la cabeza del sargento Richley.

Otra columna, como de cien hombres, trataba de atacar mi flanco derecho, por lo que decidí retirarnos hacia el norte... Para entonces nuestras bajas eran: sargento Richley, muerto; y heridos, el cabo Me Gee y el soldado raso Ledford...

La retaguardia la cubría el teniente Lininger, con ocho hombres. Así fue como llegamos a Santa Cruz de Villegas a las 4:45 P.M.

Más tarde fui informado de que las bajas por el lado mexicano ascendían a 42 muertos y numerosos heridos. Incluido en la lista de muertos estaba el mayor Orozco.

Nuestras bajas fueron las siguientes:

Muertos en combate: Jay Richley, sargento, tropa M, 13 Regimiento; Hobard Ledford, soldado raso, tropa M, 13 Regimiento (...)

Hasta aquí lo que transcribió el señor Kock del libro del mayor Tompkins, enseguida abordó punto por punto lo que realmente había sucedido, respondiéndole de esta manera al mentiroso de Tomkins:

Primero.-- El general Lozano nunca invitó al mayor Tompkins a visitar Parral con sus tropas, toda vez que el gobierno del señor Carranza había autorizado la permanencia de la Expedición Punitiva en México persiguiendo a Villa a raíz del asalto a la ciudad americana de Columbus, Nuevo México, siempre y cuando se abstuvieran de tocar ciudad alguna.

Segundo.-- No hubo tal número de muertos mexicanos. En esa escaramuza solamente resultó muerto un mayor del ejército carrancista de nombre árabe que fue velado en el mesón de Jesús. Herido un capitán de apellido Nava, hermano de Concha "La Camotera". Cuando llegó de regreso a Parral, yo lo vi frente a la Plaza Guillermo Baca, con una herida en la mano derecha, la montura y el pantalón cubierto de sangre.

Los dos muertos de las tropas americanas, el sargento Jay Richley y el soldado raso Hobard Ledford, están sepultados en el panteón civil de Santa Cruz de Villegas. El cuerpo del sargento Richley fue llevado de Parral a Santa Cruz en la carroza fúnebre de doña Adelaida Reyes.

Tercero.-- Ningún mayor Orozco fue muerto en esta acción de armas en la que el coronel Tompkins se excede en alabanzas al valor, puntería y otras yerbas, respecto a sus soldados. El coronel Manuel Orozco, padre que fue del señor Manuel Orozco Ciriza quien fungió en ciudad Juárez como jefe de Tránsito, no recibió ni un rasguño. Si no había de conocerlo yo cuando vivía en nuestro barrio, recién casado con la muy bella Lupe Ciriza.

Cuarto- Debe de haber andado muy asustado Tompkins al afirmar que el señor Scott, aunque se lo habían presentado como americano, hablaba el inglés con marcado acento latino. ¿Quién de aquel tiempo no recuerda a don Guillermo Scott, vecino nuestro, que vivió a espaldas de nuestra casa de Guillermo Baca 10, en la callejuela entonces carrada?

Don Guillermo Scott vino a Parral a principios del siglo y trabajó como conductor de trenes del Ferrocarril Parral y Durango.

Quinto.- Mister Mathews no estuvo empleado con ese señor Thatcher, a quien se refiere el coronel Tompkins, sino con la Cía. Wells Fargo Express. Antes había sido jefe de estación del Ferrocarril Central, únicos puestos que ocupó y jamás volvió a trabajar, dedicando su tiempo a coleccionar monedas de todo el mundo.

Sexto.- Ninguna mujer cuyo hermano había sido asesinado por el general Lozano fue quien disparó el primer tiro. Tampoco puedo yo afirmar quién pudo haber sido pues la avenida Centenario estaba congestionada de civiles que seguían a la columna de soldados americanos. Fuimos nosotros, los niños del sexto año de la Escuela Oficial 99 los que prendimos la mecha y así la reconoció la honorable Escuela Naval de Veracruz, que mandó su diploma de honor a nuestra gloriosa Escuela 99.

La próxima semana publicaremos lo que escribió el señor Kock sobre la forma en que los muchachos de la escuela 99 atacaron a los invasores que se encontraban acampados en la plaza y luego, cómo respondió el pueblo de Parral en masa, siguiendo el ejemplo de estos muchachos.